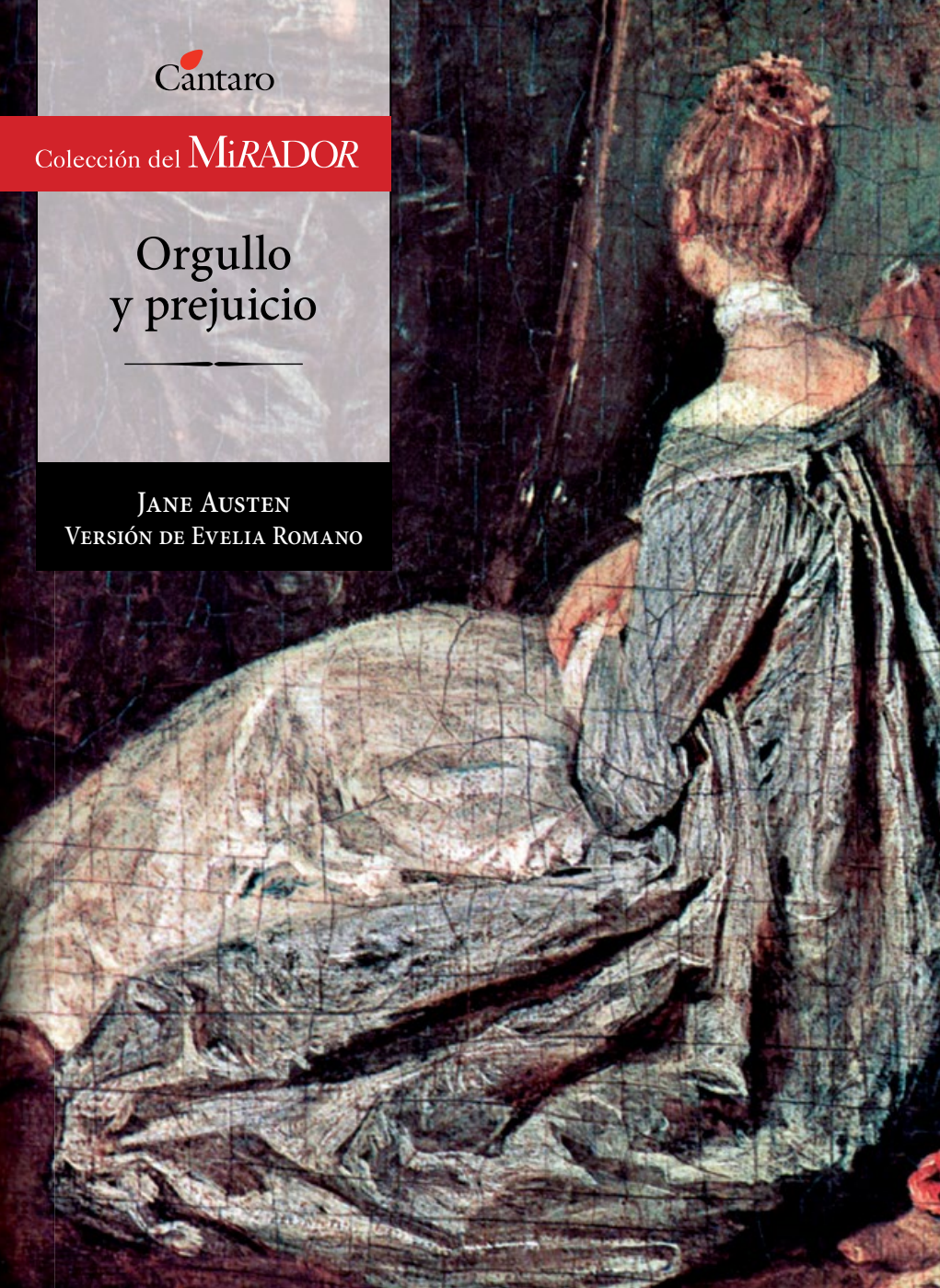


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Orgullo y prejuicio

JANE AUSTEN
VERSIÓN DE EVELIA ROMANO



Colección del *MIRADOR*

Orgullo
y prejuicio

JANE AUSTEN

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traducción, versión y secciones especiales: Evelia Romano

Correctora: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Pamela Donnadio

Imagen de tapa: *Un alto en la cacería*, de Jean Antoine Watteau

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Austen, Jane

Orgullo y prejuicio. - 2a ed. 1a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2013.
160 p.; 19 x1 4 cm - (Del Mirador; 235)

Traducido por: Evelia Romano
ISBN 978-950-753-344-0

1. Narrativa Inglesa. I. Romano, Evelia, trad. II . Título.
CDD 823

Puertas de acceso

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2012.

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-344-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Y vivieron felices y comieron perdices

Muchas historias, sobre todo las de amor, ofrecidas por la literatura y el teatro desde siglos atrás y, en el presente, también por el cine y la televisión, terminan con el casamiento de los protagonistas. No sabemos lo que sucede después; lo que interesa contar son las peripecias de la relación, los inconvenientes y obstáculos que los enamorados deben superar para estar juntos, aunque al final se aluda a una felicidad eterna y próspera, en fórmulas de cierre como la que sirve de título a esta sección.

Sin embargo, no existe una relación directamente proporcional entre el amor y el matrimonio, y el resultado no siempre es la felicidad. Según *El amor y Occidente* (1938), uno de los ensayos más citados sobre la calidad y la cualidad del amor en esa región, escrito por el suizo Denis de Rougemont (1906-1985), concebimos el sentimiento amoroso como pasión, tanto mayor cuanto más trágico y difícil. El matrimonio, según Rougemont, no es más que la institucionalización de ese sentimiento; al asegurarlo, al darle estabilidad, lo apaga, lo desvirtúa, y solo conduce al

aburrimiento. La literatura, en especial la poesía que se inicia en el siglo XII en Provenza (Francia), conocida como “amor cortés”, ha contribuido a difundir esta visión del amor pasión, rebelde y natural, como opuesto al matrimonio, ordenado y social.

Pensemos en algunos de los enamorados más famosos de la historia de la literatura: Helena y Paris en la *Iliada*, o Romeo y Julieta en la obra de Shakespeare. El amor de los primeros desencadena una guerra; el de los segundos culmina en tragedia. Pero en ambos casos, los amantes son víctimas de sus circunstancias, de su posición en la sociedad y del antagonismo de sus familias, obstáculos que vuelven la relación imposible. Algo no muy distinto ocurre en los cuentos tradicionales —“Blancanieves”, “Cenicienta”, “La Bella Durmiente”— o en las telenovelas contemporáneas, donde las fuerzas externas se oponen a la unión de los amantes. La diferencia es que, en este último caso, el final suele ser feliz y el amor se concreta en una boda. Es decir que, en nuestro imaginario, conviven las dos ideas: el amor imposible y el posible, cuya culminación es el matrimonio.

Cada época y cada sociedad han ido forjando distintas visiones del amor y del matrimonio de acuerdo con sus características, necesidades y expectativas. En otras palabras, la relación entre el amor, como expresión del individuo, y el matrimonio, representativo de un orden social colectivo, depende del contexto, de las estructuras sociales —clases sociales, relaciones familiares— y de los roles que hombres y mujeres cumplen dentro de esas estructuras.

Breve historia del más bello sentimiento

¿Cuándo nació el amor como sentimiento en la especie humana? ¿De cuándo datan los primeros testimonios de la relación entre hombres y mujeres? Estas preguntas todavía no

han encontrado una respuesta precisa, si bien desde la época del hombre de las cavernas, han quedado pinturas y piezas arqueológicas que parecen ilustrar sentimientos como los celos, la pasión, el deseo. Desde un comienzo, eso sí, fueron claros los roles que hombre y mujer jugaron en la relación, tanto en sociedades nómades como sedentarias. La unión respondía, además de a una posible atracción, a motivos prácticos, de ayuda mutua y de supervivencia de la especie: el hombre proveía el alimento, la mujer cuidaba de las tareas domésticas.

En la época del Imperio Romano, el matrimonio, entendido como la unión de hombre y mujer, ocupaba un lugar social prioritario. A pesar de su importancia, todavía no se lo consideraba una institución, sino un acto privado, casi confidencial y poco formal. De acuerdo con la concepción de cada sexo, el hombre estaba hecho para mandar al mundo, y la mujer, para obedecer; su posición era tan subordinada como la de los esclavos. La unión matrimonial significaba, ante todo, un deber cívico para dar ciudadanos a la patria, y el amor podía ser o no un ingrediente de la unión. En realidad, el amor se consideraba un gran peligro, porque llevaba a perder el control sobre la propia persona que es lo que permite dominar a otros; en cambio, el matrimonio era una institución noble y estable que poco o nada le debía al sentimiento.

Hacia el siglo II de nuestra era, el matrimonio se convierte en un contrato mutuo y pierde su carácter informal. Se trataba, por supuesto, de un contrato civil, arreglado por el rey mismo— que de esa manera redistribuía tierras y posesiones— o por las familias, sobre todo entre la nobleza. A partir del siglo XII, la Iglesia extiende su poder sobre la institución matrimonial: la vuelve un sacramento e impone el modelo de la indisolubilidad de los lazos y la monogamia.

El matrimonio cristiano requería del consentimiento mutuo de los contrayentes, lo cual, una vez más, no remitía necesariamente al amor. Por el contrario, durante toda la Edad Media, la pasión se identifica con el adulterio, con el amor clandestino fuera del matrimonio. Un ejemplo de tal concepción puede encontrarse en la leyenda del rey Arturo, en la que Lancelot, el noble caballero de la Mesa Redonda, se enamora de la reina Ginebra, esposa de Arturo. El llamado “amor cortés”, el de los trovadores y caballeros antes mencionado, consistía en la galantería y el cortejo tal como todavía lo entendemos hoy, pero en nada se relacionaba con el matrimonio.

Durante el Renacimiento, del siglo xv hasta el xviii, el matrimonio sigue siendo una cuestión de conveniencia cuyo objetivo es la procreación. No es que las parejas no se enamoran, pero los dictados sociales todavía prevalecían sobre los deseos individuales. Tanto es así que, a mediados del siglo xvii, se crea una “tabla de matrimonios” que, según el monto de la dote (conjunto de bienes —dinero, propiedades o rentas— aportados por la mujer al matrimonio), indicaba el marido que le correspondía desposar a la dama: un comerciante, un dependiente, un marqués, etc.

Con la Revolución Francesa, en 1789, se difunde el ideal de una familia regida por los mismos principios que la nación: igualdad y libertad. Por lo tanto, el matrimonio debía ser el resultado del libre consentimiento de dos voluntades; en el terreno ideal, se reivindica el matrimonio por amor, aunque en la práctica sigue predominando la conveniencia.

Sueños de igualdad amorosa y cívica cundieron en un principio durante esa época, pero, en la realidad, la situación de las mujeres no se modificó demasiado. Sin embargo, algunas leyes progresistas en relación con el divorcio y la herencia sembraron

la semilla de una nueva forma de relación entre los hombres y las mujeres, aunque esta no germinaría hasta ya muy entrado el siglo xx.

Poderoso caballero don Dinero...

La vida y la obra de la novelista inglesa Jane Austen (1775-1817) se ubica en un período conocido, en la historia británica, como la época de la Regencia, fechada entre 1790 y 1820. Este nombre obedece al hecho de que el rey Jorge iii se hallaba perturbado y no podía cumplir con sus funciones reales por lo que, a partir de 1811, su hijo y heredero, el príncipe de Wales, se hizo cargo del gobierno como regente. La característica principal de esta época era su gusto por el lujo y los placeres sensuales. Londres se volvió una ciudad llena de brillos y edificios impresionantes mientras, en el campo, las mansiones desplegaban todo el poder y la fortuna de sus dueños. En Brighton, el balneario favorito de la aristocracia, el príncipe de Wales hizo construir un palacio deslumbrante, conocido como el *Royal Pavilion*. Ninguna otra época en la historia de Inglaterra tuvo el encanto, la frivolidad y la fastuosidad de la Regencia.

La moda, los bailes, las cenas y las veladas musicales constituían las principales actividades de la aristocracia de esos años, cuya única preocupación parecía centrada en escapar del aburrimiento. Jane Austen retrata a sus personajes ocupados en estos entretenimientos, aunque sus heroínas, como en el caso de Elizabeth Bennet, la protagonista de *Orgullo y prejuicio*, exhiben un intelecto y una sensibilidad muy por encima de modas y pasatiempos superficiales.

A pesar del espíritu licencioso de la época, existía una estricta división de clases sociales, basada en la ascendencia familiar

y la riqueza. En *Orgullo y prejuicio*, la familia Bennet es de clase media y, si bien puede socializar con la elite, siempre es vista como inferior por los Darcy y los Bingley, familias a las que pertenecen los hombres considerados mejores partidos para las jóvenes solteras de la alta sociedad.

La sociedad establecía rígidos códigos de conducta para hombres y mujeres. En cuanto a los personajes masculinos, la novela de Austen muestra cómo podían progresar en la escala social a través de la carrera militar, el caso del señor Wickham; eclesiástica, el ejemplo del señor Collins, o las leyes, como el hermano de la señora Bennet, tío de la protagonista. Estos ascensos, así como las fortunas adquiridas a través de la actividad comercial, eran considerados, de todas maneras, propios de gente inferior, cuyos modales y conducta resultaban siempre sospechosos. Las mujeres solo podían mejorar su estatus a través de una boda conveniente que acrecentara su fortuna. El matrimonio era, entonces, la decisión más importante, pues de ella dependía su futuro bienestar económico y social.

Una vez casadas, las mujeres no tenían derechos sobre sus posesiones, y su existencia, tanto en lo legal como en lo económico, pasaba a depender de su esposo. Cuando el marido moría, se les devolvían sus propiedades, si él lo dejaba especificado en el testamento. Otra posibilidad consistía en establecer un contrato prematrimonial que le asegurara recibir una renta periódica en caso de morir el esposo antes que ella. Estaba vigente, además, una ley feudal que privilegiaba a los primogénitos e impedía que una hija mujer pudiera heredar la propiedad de su padre, de modo que, si este moría sin herederos varones, su mujer y sus hijas debían abandonar la casa en que vivían. El heredero podía ser un pariente lejano, y hasta alguien desconocido para ellas.

La familia y su círculo de amigos jugaban un papel activo en la decisión final de con quién podía casarse una mujer. Si la familia era de una clase social alta, las cualidades del pretendiente —sus ideas políticas y religiosas, su estatus social y económico— tenían más peso en la decisión. Si la familia, en cambio, no disfrutaba ni de fortuna ni de rango suficiente, la elección dependía de las posesiones y de la estabilidad financiera del candidato.

En un mundo donde las pertenencias de la mujer pasaban a manos de su esposo, tampoco faltaban los cazadores de fortuna. En suma, una boda estaba ligada, indisolublemente, al poder y al dinero. No se trataba de pura ambición, sino de una cuestión práctica de gran importancia. El matrimonio era un estado en el que se ingresaba de por vida, y, en una época en la que no existían ni la jubilación, ni el seguro de salud, ni ningún otro beneficio social para el futuro, asegurarse una renta era necesario para sobrevivir.

Varios pasajes en *Orgullo y prejuicio* hacen referencia a la necesidad o conveniencia de casarse con alguien de fortuna. Algunos ejemplos:

- Se le aconseja a Elizabeth desalentar sus sentimientos por el joven y atractivo Wickham: “Eres una muchacha sensata y debes darte cuenta de que decepcionarías a tu padre si te casaras con alguien que no tiene un centavo”.

- En una carta, Elizabeth justifica a Wickham, quien ahora corteja a la señorita King, cuya dote era de 10.000 libras: “[...] tanto los hombres apuestos como los que no lo son necesitan procurarse algo que les permita vivir”.

- El coronel Fitzwilliam le confiesa a Elizabeth su imposibilidad de elegir a su esposa, pues no posee fortuna: “Yo, por ejemplo, soy el hijo menor de mi familia, ¿sabe?, y no heredaré nada. [...] El hijo menor no puede elegir libremente con quién casarse. No puede casarse con una joven sin fortuna”.

Orgullo
y prejuicio

JANE AUSTEN

Los Bennet y el nuevo vecino

Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero y con fortuna necesita una esposa. Y, aunque poco se sepa de las opiniones o sentimientos de tal hombre, cuando pone por primera vez los pies en el pueblo, gracias a esa verdad tan grabada en la conciencia de las familias del lugar, enseguida lo consideran el candidato ideal para sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo la señora Bennet a su marido un día— ¿te enteraste de que se ocupó, por fin, la casa de Netherfield Park?

—No —respondió el señor Bennet.

—¿Quieres saber quién la ocupó? —preguntó la señora, impaciente.

—Tú eres la que quiere decírmelo, y no me niego a escucharte.

La señora Bennet no necesitó que le insistiera.

—Bueno, mi querido, debes saber que, según me dijo la señora Long, Netherfield ha sido reservado por un joven muy rico

del norte de Inglaterra. Al parecer, fue el lunes a ver el lugar y le gustó tanto que, de inmediato, cerró trato con el señor Morris. Sus sirvientes estarán instalados en la casa para fines de la semana que viene, y él tomará posesión un poco después, antes de la fiesta del arcángel Miguel.¹

—¿Cómo se llama?

—Bingley

—¿Es casado o soltero?

—¡Soltero, querido, por supuesto! Un hombre soltero con una gran fortuna: una renta de cuatro o cinco mil al año. ¡Qué maravilla para nuestras hijas!

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esto con ellas?

—Mi querido señor Bennet —respondió su mujer—, no puedes ser tan inocente. Sabes bien que estoy pensando en casarlo con una de ellas.

—¿Para cumplir con tus designios, se establece él aquí?

—¿Designios? ¡Qué tontería! ¿Cómo puedes decir eso? Pero es muy posible que se enamore de una de ellas, y, por lo tanto, debes visitarlo apenas llegue.

—No veo la razón para hacerlo. Tú y las muchachas pueden ir, o enviálas a ellas solas, lo que sería mejor, ya que tú las igualas en belleza y, tal vez, le gustes al señor Bingley más que ninguna otra.

—Mi querido, me halagas. Es cierto que tengo algo de belleza, pero no pretendo ser nada extraordinario a mi edad. Cuando una mujer tiene cinco hijas grandes, debe dejar de pensar en su propia apariencia. Por favor querido, ve a visitar al señor Bingley; nosotras no podremos hasta que lo hagas tú.

—Diría que tienes demasiados escrúpulos. Al señor Bingley, le encantará verlas; además puedo enviar contigo una esquila en

¹ Michaelmas (en el original) es una fiesta cristiana en honor del arcángel Miguel que se celebra el 29 de septiembre.

la que garantice mi permiso para que se case con cualquiera de las muchachas, aunque debería recomendarle, en especial, a la pequeña Lizzy.

—Espero que no hagas tal cosa. Lizzy no es en nada superior a las demás: no es tan bonita como Jane ni tiene tan buen carácter como Lidia. Pero ha sido siempre tu preferida.

—Las otras no tienen nada de recomendable. Son tan tontas e ignorantes como las demás muchachas; al menos Lizzy es más despierta que sus hermanas.

—¿Cómo puedes hablar así de tus propias hijas? Te divierte irritarme. No te compadeces de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Tengo un gran aprecio por tus nervios. Te he escuchado quejarte de ellos durante los últimos veinte años.

El señor Bennet era una rara mezcla de agudeza, sarcasmo, discreción y capricho difícil de entender, aun para su esposa que había compartido con él veintitrés años. La personalidad de ella era menos complicada: una mujer de poca inteligencia, escasos conocimientos y carácter inestable. Cuando se la contradecía, se ponía nerviosa. Su ocupación primordial era casar a sus hijas; su principal entretenimiento, las visitas y los chismes.

El señor Bingley y compañía

El señor Bennet fue uno de los primeros en saludar al señor Bingley, pero se cuidó muy bien de revelárselo a su mujer para divertirse un rato con su enojo. Cuando la señora Bennet supo, por fin, que su marido había visitado a Bingley, se sorprendió mucho y se alegró más. Sin embargo, ni ella ni sus hijas, a pesar de incontables preguntas, insinuaciones y conjeturas, consiguieron del señor Bennet una descripción satisfactoria del señor Bingley.

Tuvieron que conformarse con la versión que su vecina, la señora Lucas, había recibido de su marido. Era un muchacho bastante joven, muy buen mozo y extremadamente amable. Además, estaba listo para asistir al próximo baile; y bien se sabe que aquel a quien le gusta bailar tiene más posibilidades de enamorarse.

De acuerdo con las reglas de cortesía, el señor Bingley devolvió la visita del señor Bennet unos días después con la esperanza de conocer a las hijas, de cuya belleza había oído hablar mucho, pero solo vio al padre. Las muchachas tuvieron más suerte: pudieron espiarlo desde la ventana del cuarto de arriba, cuando llegaba con su abrigo azul, en su caballo negro. Poco después, los Bennet invitaron al señor Bingley a cenar, pero el señor Bingley no aceptó. Debía ir a Londres a encontrarse con amigos y parientes que asistirían con él al baile de Meryton², un pequeño pueblo cercano a Longbourn, lugar de residencia de los Bennet.

El señor Bingley asistió al baile acompañado de sus dos hermanas, el esposo de la mayor, el señor Hurst, y de otro hombre joven. Bingley era, en efecto, buen mozo y parecía todo un caballero; tenía un rostro afable y modales sencillos. Sus hermanas eran bonitas y muy elegantes. Quien, en realidad, llamó la atención de todos los presentes fue su amigo, el señor Darcy, un hombre alto y atractivo, de nobles facciones, de quien inmediatamente se corrió el rumor que recibía diez mil al año. Los presentes lo admiraron la primera mitad de la velada hasta que sus modales dieron por tierra con su popularidad; se descubrió que era arrogante y que se creía superior a la gente del lugar,

² Netherfield (residencia de verano de la familia Bingley), Meryton (el pueblo donde vive el hermano de la señora Bennet) y Longbourn (residencia de la familia Bennet) son localidades imaginarias, situadas por Austen en el condado o distrito de Hertfordshire.

y ni siquiera sus enormes propiedades en Derbyshire³ podían compensar su actitud antipática y distante.

El señor Bingley, en cambio, se mostraba simpático y atento, bailó todas las piezas, lamentó que el baile terminara tan temprano y prometió ofrecer uno él mismo en Netherfield. ¡Qué contraste con su amigo! El señor Darcy bailó solo una vez con la señora Hurst y otra con la señorita Bingley, se negó a ser presentado a ninguna otra dama y pasó el resto de la noche caminando por el salón. Todo el mundo coincidía: era el hombre más desagradable del mundo. Entre sus más violentos detractores, se encontraba la señora Bennet, cuyo disgusto inicial se agudizó en resentimiento por el desaire que el señor Darcy le hizo a una de sus hijas.

La escasez de caballeros había obligado a Elizabeth Bennet a permanecer sentada por dos bailes. El señor Darcy estaba parado cerca de ella y, cuando su amigo Bingley se aproximó para vencerlo de que saliera a bailar, Elizabeth escuchó la conversación.

—Ven, Darcy, tienes que bailar. Odio verte parado con esa expresión aburrida. Estarías mucho mejor si bailaras.

—De ninguna manera. Sabes que lo detesto, a menos que conozca muy bien a mi pareja. En bailes como este, sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y bailar con cualquier otra de las mujeres presentes sería un verdadero castigo.

—¡No seas tan fastidioso, por favor! —lo regañó Bingley—. Juro por mi honor que nunca me encontré con tantas muchachas agradables en mi vida como en esta noche, y hay varias que son hermosas.

—Tú estás bailando con la única muchacha hermosa en todo el salón —dijo el señor Darcy, refiriéndose a la mayor de las hermanas Bennet, Jane.

³ Derbyshire es un distrito de la región central de Inglaterra.

Índice

Puertas de acceso	3
Y vivieron felices y comieron perdices	5
Breve historia del más bello sentimiento	6
Poderoso caballero don Dinero....	9
Jane Austen, entre el matrimonio y el amor	12
Que sepa coser, que sepa bordar...	14
Una educación para un buen matrimonio	17
La obra	23
Los Bennet y el nuevo vecino	25
El señor Bingley y compañía	27
El comienzo de una relación	32
Consecuencias de una invitación	35
Elizabeth en Netherfield	40
El señor Collins entra en escena	45
El señor Wickham o algo más sobre el señor Darcy	52
Baile en Netherfield	60
Los sueños de la señora Bennet se desvanecen	68
Una segunda propuesta y una desilusión	75
Un viaje y una desilusión para Jane y Elizabeth	79
Elizabeth en Hunsford	83
Darcy enamorado	91
Más revelaciones sobre Darcy	99
Derbyshire	107
Malas noticias	116
Un final feliz	121
Lidia y Wickham o el señor Darcy entre bambalinas	128
El señor Bingley de regreso en Netherfield	132

Visitas y cartas poco propicias	138
Otro final feliz: Darcy y Elizabeth	146

Bibliografía	155
---------------------	------------